

Sociología del deporte : algunos problemas teóricos y epistemológicos

Beatriz Vélez C*

Deporte y sociedad moderna

El esfuerzo de construir una teoría sociológica del deporte choca con problemas teórico-conceptuales y epistemológicos, algunos de los cuales serán tratados en este texto.

La importancia cada vez mayor del deporte en la vida diaria de las sociedades parece contrastar con el desdén con el cual las ciencias sociales han abordado esta cuestión y que, entre otros aspectos, me parece derivada de uno de los principios constitutivos de la representación humana del mundo en occidente, a saber, la escisión entre formas de la materia y del espíritu, entre mundo de la sensibilidad y mundo del pensamiento.

Esta escisión , que ha conducido al establecimiento de una escala de valores por la cual el mundo del logos sería superior al de la sensibilidad, ha encontrado su máxima expresión en la sociedad occidental moderna bajo la forma de una moral ascética apoyada en el desprecio por el cuerpo,

*Socióloga, Universidad de Antioquia y docente de la misma universidad.

en tanto registro de goce mundano, en tanto territorio ajeno al ejercicio de la voluntad.

En el desprecio por el cuerpo coinciden diversas religiones: el catolicismo ha condenado la carne por su tendencia natural a la corrupción, que termina por contaminar el espíritu; y el protestantismo insiste en el poder de la voluntad humana para doblegar las flaquezas de la naturaleza. Tal desprecio de origen religioso, transmutado en ética laica, aparece bajo la forma de cuerpo productivo como uno de los fundamentos de la moderna sociedad.

El estado de civilización, concebido como el producto del libre ejercicio de la voluntad y de la razón humanas, ha significado alejamiento y desprecio de la naturaleza y de todo aquello que se le asemeje: el cuerpo y sus códigos, los pueblos primitivos y su orden cultural, las mujeres y su mundo doméstico.

La domesticación de la naturaleza humana en formas útiles al desarrollo de la producción, una de las condiciones necesarias en la emergencia y consolidación de la sociedad moderna capitalista occidental, ha sido, por su carácter represivo, un permanente registro de dolor. Son ejemplarizantes la severidad de las leyes francesas contra el vagabundeo, en el viejo mundo; y en el nuevo mundo, el trato inhumano de José Celestino Mutis, quien abozaló y ató a las patas de las mesas de trabajo a los dibujantes criollos. Estos ejemplos de la historia humana enseñan que la moderna disciplina de trabajo y uso del cuerpo se ha realizado a sangre y fuego.

La introyección, entonces, de comportamientos ajustados a la renuncia, desviación o aplazamiento de gratificaciones inmediatas; de comportamientos funcionales al capital: extensas jornadas de trabajo continuo, vacaciones limitadas a períodos de tiempo fijos; en fin, contrario a lo que suele pensarse, la escisión entre el mundo de la vida y el de la producción, con desventaja evidente para la ampliación de aquel, ha sido un proceso histórico que poco ha consultado la gratificación humana.

Con la industrialización se ha acentuado la diferencia entre ocio y trabajo y algunos autores encuentran que la falta de estudios consagra-

dos a las actividades humanas relativas al tiempo libre y a la lúdica obedece a la mayor valoración de la esfera productiva, aun por parte de quienes hacen la sociología. Es decir, que aun los mismos sociólogos han adherido a la ideología ascética que rechaza el ocio y admite el riesgo y la ganancia sólo en el ámbito del trabajo.

Sin embargo, ese cuerpo colonizado, objeto de domesticación, sometido a aquello que el sociólogo alemán Herbert Marcuse denominó apéndice de la máquina; ese cuerpo atrapado en la lógica del rendimiento, ha resistido la colonización total de un sistema productivo basado en la organización de un trabajo cada vez más monótono, fragmentado e inhibitorio de las cualidades humanas. Los registros de la subversión del cuerpo a ese control pueden ser identificados en una plausible historia de la corporeidad, de la cual obviamente una sociología del deporte debería extraer elementos de análisis.

A la representación occidental se ha opuesto, por fuerza de la necesidad de compensación, la noción cuerpo-goce, inagotable de la fantasía humana en la cual se han inspirado las más diversas artes y los rituales del movimiento y del simbolismo expresivo.

Sobre el estatuto epistemológico del concepto deporte

Si se aceptara que el deporte como categoría del comportamiento social pertenece al orden de la tendencia humana a la lúdica o al juego, se podría concluir que él responde a estructuras no utilitarias.

El juego, como su derivado el deporte, suele implicar movimiento corporal; sin embargo, en este último, el movimiento adopta rasgos propios del mundo del trabajo. Así como las propiedades físicas adquiridas mediante el entrenamiento y la intervención técnica regulan el valor de la fuerza de trabajo en el mercado laboral, la habilidad corporal constituye la medida del rendimiento en el mundo deportivo.

La actividad deportiva implica un entrenamiento permanente, una disciplina austera, una selección de códigos que hacen referencia a un estilo de vida, y que, en tal sentido, serían susceptibles de un análisis en la perspectiva de las clases sociales. En el deporte, el cuerpo se hace

instrumento para acceder a otros fines : resistencia, fuerza, salud, belleza, reconocimiento social.

La naturaleza ambigua de la actividad corporal deportiva, oscilante entre el juego y la instrumentalidad, entre intereses emancipatorios y prácticos, posibilita que el deporte sea objeto de colonización por intereses sociales que para el caso de la sociedad moderna -entendida como una sociedad de mercado donde todo puede ser comprado y vendido- hacen del cuerpo un valor de cambio; y del deporte, el ámbito comercial del cuerpo entrenado.

Por esa relación con la sociedad, el juego se hace trabajo, en forma de deporte, y el espectador aparece como subvencionador de esa actividad. La transmutación del cuerpo en mercancía se hace realidad, entonces, en tanto el movimiento corporal deportivo puede ser integrado a la lógica del capital.

Por ello, dado que la actividad corporal como lúdica facilita la evasión de la sociedad y posibilita en sí misma un placer, semejante al provocado por el arte al re-crear la sociedad y ampliar la fronteras del mundo posible en lugar de divulgar los límites del mundo real, el sistema social, bastante poderoso, amenaza con desnaturalizar esa dimensión para convertir la actividad corporal en un campo de tensión entre el sistema interno del deporte, como juego, y el sistema externo, social, que lo determina.

Este punto, bastante problemático en el orden epistemológico y conceptual, confiere en un nivel empírico múltiples significaciones sociales a la actividad físico-deportiva, pues es en ese juego de tensiones donde se origina la viabilidad del deporte espectáculo, donde se estructuran las complejas relaciones entre deportistas y público, y donde emergen y caen los ídolos e ideales deportivos; donde, en fin, echan raíces las pasiones colectivas por el deporte y donde surgen los rituales cuasi religiosos que hoy día constituyen ciertos eventos deportivos.

El deporte, por pertenecer a una y a otra dimensión, juego e instrumentalización, adquiere una significación simbólica y representativa de primer orden en el plano de las manifestaciones expresivas de una sociedad. Similar, entonces, al juego en sus expresiones internas, el

deporte sería, de un lado, la negación del mundo exterior, un escenario más del reino de lo pulsional donde el imaginario más arcaico tiene la posibilidad de nutrirse, de resistirse a perecer; y, de otro, un objeto más de valor en el mercado.

Con valor en sí mismo y con una finalidad orientada a poner a prueba los límites de la capacidad humana, el deporte confronta a quienes lo ejecutan en una lucha que demuestra una mayor destreza de cara a otro, de cara a sí mismo o a la naturaleza. Es esta característica *agónica* del deporte la que sirve de receptáculo a su colonización en el caso de una sociedad instrumentalista como la actual; colonización que bien puede ser resumida en esta proposición: el movimiento corporal se ha institucionalizado.

Por el contrario, el juego tiene una finalidad en sí mismo, es esporádico, autotélico y no requiere preparaciones previas. No responde al reino de la instrumentalización, él se ubica preferencialmente en una dimensión representativa de carácter expresivo. Es esto lo que ha llevado a algunos autores a afirmar que, a diferencia del deporte, el juego es imprescindible a la vida humana.

Juego deportivo y juego social

Llegamos, así, a uno de los mayores problemas con los cuales chocaría la sociología en su pretensión de ciencia positiva. En efecto, una de las condiciones exigidas por el análisis sociológico remite al examen de indicadores cuantificables donde se resuman las tendencias del comportamiento colectivo.

Sin lugar a dudas, existen registros inequívocos de la institucionalización de las actividades deportivas: organismos supranacionales como la Unesco; organizaciones continentales, nacionales y locales, clubes de aficionados, de especialistas de toda índole, conjugan sus esfuerzos en la actualización de políticas deportivas que comprometen a los gobiernos. Las enormes cifras de inversión en escenarios deportivos, los gigantescos espectáculos deportivos que llegan al mismo tiempo a millones de tele-espectadores en todo el mundo -las últimas olimpiadas y el mundial de fútbol son ejemplos paradigmáticos- serían para ciertos

análisis sociológicos referentes indudables de que el deporte está ampliando su cobertura, de que el eslogan "Deporte para todos" se está materializando.

Se hace necesario considerar, pues, que el coro de voces en favor de las políticas deportivas se halla batuteado esencialmente por el interés económico de empresas que comercializan con el deporte y que, en consecuencia, amenazan esterilizar la promesa de felicidad que el movimiento y el deporte parecerían albergar para la humanidad.

Así, y por cuanto las actividades deportivas traen consigo una dimensión subjetiva, los análisis empíricos resultan insuficientes para dar cuenta de la vivencia personal, de los aspectos expresivos que tales actividades vehiculan.

En su manifestación interna, el deporte niega la vida corriente, actúa como un mecanismo de evasión a ese mundo. Los rituales generales de iniciación y finalización de los juegos deportivos sintetizan los códigos semánticos que regulan las relaciones de comunicación entre actores y espectadores a los cuales los análisis sociológicos deben prestar atención preferencial.

Los actores directos; es decir, aquellos que realizan el deporte, encuentran una identidad determinada por orientaciones diferentes a los que regulan la vida social; los uniformes o señales exteriores que los distinguen actúan como registros de una identidad propia.

Esas señales exteriores les permiten mantener cierta distancia frente a los demás, a la vez que los une en una suerte de cofradía secreta reforzada por el nombre que toman, por el grupo que representan. En este sentido, el deporte constituiría una instancia de socialización, una eventual fuente de formación en el camino del trabajo cooperativo, en el reconocimiento de la solidaridad con otros; en fin, una fuente inagotable de humanización en la fraternidad. Puesto que las actividades deportivas son tomadas muy en serio por los actores, ellas constituyen también una fuente de aprendizaje en la responsabilidad personal.

En el juego deportivo se establecen reglas y jerarquías. Las primeras adquieren una significación especial por ser voluntariamente aceptadas y eventualmente modificables, las jerarquías se establecen, podría decirse, con base en valores como la habilidad y la destreza corporal al servicio de un fin colectivo y no parecen ser solidarias de aquellas que regulan el mundo social, fundamentadas en la fuerza del poder o del dinero.

Sociedad, deporte y emancipación

Por todo lo anterior, el llamado deporte alternativo -al sintetizar los valores esenciales de la lúdica se opone al deporte de competencia, sujeto a la tecnología y al espectáculo- comienza a constituirse en una especie de oasis en el árido camino de la sociedad industrial. En ese sentido, los países del tercer mundo parecen ofrecer condiciones apropiadas para vigorizar esa esperanza sin que se desconozca la posibilidad de afianzarla también en los países del llamado primer mundo.

La actividad deportiva, ajena a los estándares de rendimiento, a los intereses comerciales y, en fin, a la competitividad depredadora, podría ser descrita como la interacción de actores sociales que orientan su conducta por motivaciones cercanas a los valores primordiales: la fraternidad, la igualdad, la libertad, la búsqueda de felicidad en la tierra. Esto llevaría inmediatamente a considerar que cada uno de los implicados en las actividades deportivas confiere a su acción una significación de interés para la sociología.

Se requiere, entonces, identificar los contenidos concretos de la representación de esa práctica social que varía según las clases, el medio social, urbano o rural, la edad, el sexo, la escolaridad, y la profesión, entre otras. La teoría sociológica establece que siempre los actores son portadores de la herencia cultural que los determina espacio-temporalmente. Por ello, la función y significación del hacer deportivo deben ser estudiadas en virtud del orden social existente. Así, por ejemplo, en la Colombia de comienzos de siglo el deporte parecía tener menor importancia en la vida ciudadana. La enorme cantidad de programas especializados que existe hoy día en el país, en radio, televisión y prensa, resulta abrumadora frente a la precaria información que sobre la misma

El cambio en las representaciones de la corporeidad, menos influenciadas por concepciones religiosas; el modo de vida urbano, determinado por prácticas mundanas donde la presentación personal asociada con valores como salud, belleza, juventud y moda se hace tan decisiva, ha inducido probablemente el fomento de las actividades deportivas en gimnasios, ciclovías, parques y espacios públicos de las grandes ciudades del país.

Es, entonces, la estructura social la que determina la importancia para la vida social de la actividad deportiva, similar hoy día a la de la política o la de la producción, pero diferente en cuanto al significado que tiene para los agentes sociales, razón por la cual su estudio demanda un tratamiento específico.

La particularidad del juego deportivo se ha materializado en la aparición de un campo del conocimiento, la ciencia del deporte, y en la consiguiente comunidad de especialistas que convoca.

En una sociedad como la de la Colombia actual, caracterizada por una fuerte tendencia a desarrollar la modernización social, la forma como los agentes se representan y viven las actividades deportivas requiere estudios sociológicos puntuales. La evidente pasión por el mundo deportivo, el tiempo que preocupaciones derivadas de él ocupan en la vida diaria de los colombianos ciudadanos, dicen de la relevancia que los distintos grupos sociales conceden a estos eventos y justifica la reflexión sobre esta cuestión.

Si bien el número de los escenarios destinados a las prácticas deportivas es aún insuficiente, la frecuencia con que pueden ser observadas personas caminando y trotando por las carreteras de salida de la ciudad, las calles de los barrios improvisados escenarios de competencias deportivas permitiría concluir que, al menos en las grandes ciudades de Colombia, se están produciendo cambios en las prácticas deportivas de sus habitantes y que, por cuanto esas prácticas pueden encerrar la promesa de encuentro de una sociedad más humana, justa y amable, ellas demandan ser asumidas como un serio objeto de política social y de conocimiento para las ciencias sociales.